

¿Dónde se encuentra el hombre
Que puede abandonarte,
O vivir de tí ¡oh patria! abandonado?
Si en mi pecho acuitado,
De la alegre esperanza
De verte no sintiera
La llama lisonjera,
Y de alcanzar en tí gloria y bonanza,
El hilo de mi vida
Cortado habria ya parca homicida.
No bien rayó suave
De mi razon la lumbre,
Tu amor de mis acciones fué la guía,
Si de la ciencia grave
Tregar quise á la cumbre,
Y alcanzar en la escuela nombrada;
Si imberbe todavía,
Al deleite negado,
Con penosa tarea,
Sacerdote de Astrea,
Su oráculo tremendo he pronuncia-
Por tu amor fui movido, [do];
Y aun si erré alguna vez, por él ha
¡Por él, y el hado adverso, [sido].
Aun el sacro retiro
De los paternos lares me ha negado?
Por él, y al universo,
Y á los siglos me miro
Como vil patricida denunciado?
En tan misero estado,
¿Cómo hallará contento
Mi corazón herido?
¿En qué sitio escondido,
Hundiré mi insufrible abatimiento?
¡Virtud, ¡oh virtud pura!
¿Nombre vano serás por desventura?
Mil veces bienhadado,
Quien al cielo piadoso
Debió el nacer en humildad dorada,
Sin verse arrebatado
A seguir afanoso
Del pérfido poder la senda odiada.
En púdica lazada
Unido á tierna esposa,
Ya su campo labrando
Ya en sosiego gozando
Los besos de su prole cariñosa;
Del olimpo á los seres
Hace envidiar sus cándidos placeres.
¿Qué le hace que cruenta
La discordia vomite
De su boca infernal odio y rencores?
¿Que plebe turbulenta,
Rabiosa se concite,
Y que truenen de Marte los clamores?
Mientras que en sus furoros,
El huracan violento
Estruendoso derriba
Torre, que se vió altiva
De opulenta ciudad el ornamento,
Su pavorosa saña
Respetar la pacífica cabaña.
Miserio solamente,
Y nacido en mal hora,
Aquel á quien destino poderoso
Ató el cuello inocente,
Cual á mí, de traidora,
Cruda fortuna al carro peligroso.
Bogando en mar furioso,
Inexperto piloto,
Con nave mal segura,
¡Cuán en vano procura,
Blanco del aquilon y el bravo noto,
Sin guía y norte cierto,
Llegar feliz al suspirado puerto!
¡Oh muerte, muerte cruda!
Si está tu avara mano
Presta á cortar mi estambre delicado,
Deten de tu sañuda
Daga el golpe tirano
Hasta que logre ver el suelo amado.
Mas ¡ay! si ha escrito el hado,

Que léjos de la España,
Celebrará mi voz, brillante Olio?
Victima dolorosa,
De suerte rigurosa,
Cubra mi triste polvo tierra extraña,
Muerte, vea yo ahora,
De mi amargo existir la última hora.

III.

A doña Manuela Zapata,
Condesa de Berberana, recobrada de una
grave enfermedad.

Pía es naturaleza
Cuando varia, Mirtilla, en su riqueza-
Tras el Enero triste [za],
Nos da las gayas flores,
Y de verde esmeralda el campo viste:
Cuando enfrenando el noto, el euro
[alienta],
Y la calma nos da tras la tormenta.
Pero cuánto es más pía,
Si en su bondad constante,
Sus favores nos vierte cada dia
Con maternal cuidado, [dado].
Y nos conserva el bien que nos ha
Cuando de nuevo gozo
Tu candidez cordial, tu trato amigo,
Dichas que en mi pesar creí perdidas,
Admiro su terneza y la bendigo.
¡Día fausto á mi pecho
Aquel en que su mano
Te arrancó del dolor al crudo lecho!
En medio del ardor que mi alma

Ver tal vez yo podria indiferente
Crecer la primavera
De virgen hechicera,
Brillante en su beldad cual flor tem-
Que su fragante cáliz [prana],
Abre al aura vital de la mañana.
Tal vez indiferente ver podria [do],
La hermosa que las gracias han orna-
Ora con pié fugaz batiendo el suelo,
Siga de Terpsicore el leve vuelo;
Ora al acorde són de arpa canora,
Una voz desenvuelva encantadora:
Mas ¡dónde está, Mirtilla, el pecho
[helado],
Que sin tierna emocion contemplar

Aquella cuya sien de su guirnalda
Dulce amabilidad ha coronado?
Desta social virtud tú eres dechado;
Tú del áspero blandas la rudeza;
Tú rindes la altivez del orgulloso;
Quien vive á par de tí vive dichoso,
Y tu cara dulzura,
Por siempre de las almas
El venturoso imperio te asegura.
¡Oh, gózate feliz, alma celeste!
Pueda el genio inmortal, que á su
[cuidado]

Tiene el rico tesoro de tus dias,
Ornarle de placeres y de rosas,
Y el hilo de tu vida delicado,
De las parcas impías
Robar á las tijeras ominosas.
Pueda eterno guardar el triste suelo,
Del tiempo subyugando el poderio,
Ese de tu bondad almo consuelo,
De tu sexo el honor, dicha del mio.

IV.

En nombre de los españoles refugiados
en Francia, á Su Majestad Cristianísima
Luis XVIII.

Á sublimes canciones, [mio];
Quiere altivo encumbrarse el númen

¿Qué hazañas, qué varones
Celebrará mi voz, brillante Olio?
¿Serán esos valientes
Que al arrogante Anibal humillaron,
Y á las llamas ardientes,
Por no vivir vencidos se entregaron?
¿Será tú alta memoria, [lo],
¡Oh claro numantino! inmortal sue-
Que á España tanta gloria,
Y á Roma preparaste tanto duelo?
¿O mi lengua encendida,
De gratitud en ecos desatando,
Tu gente esclarecida, [do];
Francia hospital, ensalzará cantan-
¿Qué inmensa muchedumbre
A mi atónita vista se presenta?
¿Quién á la excelsa cumbre
Podrá osado trepar, en que se osten-
En su cima te veo, [ta];
Radiante de heroismo y ardimiento,
Ilustre Clodoveo, [to].
Que al trono y á las aras diste asien-
Allí están los Marteles,
Alzando á par de tí la noble frente,
Y allí entre mil laureles,
El domador está del Occidente.
Y tú, caudillo santo,
Justo dispensador de sábias leyes,
Y tú, del galo encanto, [reyes],
Que brillas, astro hermoso, entre los
Héroe, que derrocaste
De la insolente liga el crudo bando,
Y el triunfo sublimaste,
Vencedor de tí mismo, perdonando.
Allí.... ¿mas á qué intento
Se perderá en los siglos mi desvelo,
Cuando pio á mi acento,
Oh desecado Luis, te ofrece el cielo?
El cielo, que en su ira
Los Atilas consiente y los Nerones,
Si plácido nos mira, [prana],
Príncipes como tú da á las naciones.
¿Dónde están los furoros,
Y el clamor y el estruendo de la guer-
¿Dónde están los horrores, [ra];
Que enlutaron tristísimos la tierra?
Como benigno ahuyenta
Aquilón suspirado la temida
Bramadora tormenta,
Halos así ahuyentado tu venida....
En alcázar oscuro,
Muerde el orin las armas del soldado,
Vive el justo seguro,
Y florecen las letras y el arado.
Mirad al trono amigo
La modesta virtud alzar el vuelo;
De la lis al abrigo, [lo].
La humanidad consuela al triste sue-
Sin la tuya ¿qué fuera,
Gran rey, desta familia que en su sa-
Condena suerte fiera [ña],
Al llanto y al dolor en tierra extraña?
Vilipendiada, errante,
Sin caudillo, sin bienes, sin hogares,
Halla en tí un padre amante,
Y halla bienes y honor, y amigos la-
Y al universo dice [res].
La voz de tus favores elocuente,
Que puede un infelice,
Aunque le acuse un rey, ser inocente.
Del Macedon violento,
¿Por qué engrandeció el mundo las
Al alto firmamento, [acciones];
¿Por qué alzamos Pericles y Leonces?
Cien veces admirado
Habemos so la púrpura un guerrero,
Que el poder ha ilustrado,
Con brillantes hazañas de su acero;
Y cien un nuevo Octavio,
Del Parnaso allanando los caminos,
Hizo el canoro labio
Resonar de cantores peregrinos;

Y del dios homicida,
Rasgando los cruentos estandartes,
A los pueblos dió vida,
Dándosela á las ciencias y á las artes.
Mas ser del orbe amores,
Y blando convertir del desgraciado
Las espigas en flores,
A los Titos, y á tí fué sólo dado.
Alma sublime tanto,
Centro de la virtud, de ella contento,
En mi modesto canto,
De nuestra gratitud oye el acento.
Mientras nuestra existencia,
Por un soplo de vida esté animada,
Tu gran munificencia, [da].
Será en nuestros conciertos publica-
Ya los oye el Garona,
Y si el hado, sensible á tantos males,
Nuestros votos corona,
Los oirán del Ebro los raudales.
Nuestros renuevos tiernos
De nuestro amor aprenderán á amar-
Y en los ecos eternos [te],
De la cítara nuestra á celebrarte,
Y en remotas edades,
A par de las cien lenguas de la histo-
De tus raras bondades, [ria],
Consagrarán sensibles la memoria.
Guardad, guardad, oh parcas,
Dias tantos, y en ellos un modelo
Guardad á los monarcas,
Su padre al galo, al triste su consuelo.

V.
Á UN SUICIDA.

¿Qué furor inhumano,
Qué horroroso ministro del abismo,
Tu frenética mano
Armó, Lisias cruel, contra tí mismo!
¿Ni la dulce terneza
Del caro hermano, del sencillo tío,
Ni su negra tristeza,
Pudieron detener tu brazo impío!
¿No el morir sin que oyeras
El paternal adiós.... léjos de España!
¿No el que yacer debieras
En solitaria tumba y tierra extraña!
Dejáras al malvado
Salvarse del clamor de su conciencia,
Abreviando aterrado
Su agitada, su misera existencia.
Dejáras tus furoros
Al que de la adicción yace en el lecho,
Devorando dolores, [pecho].
Cerrando á la esperanza el muerto
Pero tú, que en sosiego
Vias lucir tus dias venturoso,
Como el plácido fuego
Luce del sol en el Abril hermoso;
Pero tú, á quien lozana
Reia de la edad la flor primera,
¿Por qué fiera insana,
Por qué has precipitado tu carrera?
Por tigres fué engendrado,
Pecho debió tener de duro acero,
Quien cortó el delicado
Estambre de sus dias el primero.
Las madres, las esposas,
Naturaleza, patria, ciencia, gloria,
En voces espantosas [ria].
Maldicen, hombre odioso, tu memo-
En la edad postrimera
Hará en el universo detestarte
Esa tu rabia fiera: [te].
Ni el nombre de Caton podrá salvar-
¿Qué, la horrorosa muerte
Por ventura no se abre hartos cami-
Sin que de nuestra suerte [nos],
Forcemos, insensatos, los destinos!

Ella de acero crudo
Eriza los sangrientos batallones,
Forja el puñal agudo,
Y horada los horrisonos cañones.
Encendió el firmamento
Con rayo abrasador, abrió los mares,
Y entregó al avariento
Del indomable Ponto á los azares.
Cubrió letal veneno
Bajo el oro traidor del occidente,
Y del placer sereno,
Emponzoñó cruel la pura fuente.
Este en copa dorada,
Aquel de la amistad la halla en los
Ya el ara venerada, [lazos],
Ya del amor la encierran los abrazos.
¿Do tornaré los ojos
Que no haya penetrado su guadaña,
Que no pueblen despojos
De su feroz, inevitable saña?
¿Y quién á detenella
Será bastante en su impiedad avara?
Su pié cruento huella
Virtud, gracias, saber, cetro y tiara.
¡Oh tú, que de la vida
Signes fugaz la rápida corriente,
Y aun de parca homicida
Te arrojas á los filos imprudente!
¿Ni aun el furor eterno
Provocas de su mano sanguinosa!
¿Acaso en el averno [sa];
Se hallan amigos, hijos, dulce espo-
¿Acaso el gozo ansiado?
¿Y cómo quebrantar osas demente
Depósito sagrado, [te];
Que el sér te ha confiado omnipoten-
Haces altivo alarde
De ese heroismo estúpido á que cedés.
Jactancioso, cobarde,
Mueres, porque el dolor sufrir no pue-
O de la Providencia, [des].
Desconociendo ingrato los favores,
¿Crees que tu existencia
De la muerte aniquilan los horrores?
Y á divinos placeres,
A eterna vida, á celestial morada,
Insensato, preferes
El silencioso abismo de la nada?
Cuánto más denodado
Es el que fuerte, entre el penar mo-
Mantiene, fiel soldado, [lesto]
El que se le ordenó difícil puesto.
Ciudadano celoso,
Conserva un defensor al patrio suelo;
Buen padre, buen esposo,
De su esposa y sus hijos es consuelo.
Paciente en la amargura,
Paciente del dolor en el quebranto,
De una vida futura
La religion enseña el dogma santo,
Y el provechoso aliento
De dulces esperanzas deja al bueno,
Y al crimen turbulento [no].
De sempiternas penas guarda el fre-
Tú este buen ciudadano,
Tú, Licias, este sabio habrias sido:
Jamás al eco insano
De la triste impiedad se abrió tu oído.
El error de un momento
Extravió tu brazo solamente,
Más digno de lamento [te].
Cuanto en tal ceguedad más inocen-
Oh sombra malograda,
Los adioses recibe postrimeros
Que mi musa enlutada
En ayes te consagra lastimeros!
Plegue que tu alma pura,
Gozando esté morada placentera,
Y que la tierra dura
Tu despojo mortal cubra ligera.

COMPOSICIONES VARIAS.

I.
LA CONSULTA.

Señor letrado, quisiera
Me dieseis un parecer,
Soy soltero, y quiero esposa,
¿Quiero mal, ó quiero bien?
La que me gusta es bonita,
Tiernos ojos, voz de miel.
— Si es tan linda la muchacha,
Cásate al punto, Javier. —

Mas ojuelos zalameros,
Sabrán zainos atraer
De amadores pisaverdes
A mi morada un tropel,
Y temo lo que usted sabe
Que en tal caso hay que temer.
— La reflexion es prudente.
No te cases, no, pardiez.

Con todo, es dulce ser padre,
Y en los hijos renacer,
Que de vos y vuestra esposa
Sean un retrato fiel;
Que crezcan y que consuelen
Nuestra misera vejez.
— ¡Hijos ¡ay! sabroso nombre!
Cásate al punto, Javier.

Mas si los hijos dan gusto,
Dan pesadumbre tambien:
Ademas, ¿quién me asegura,
Que no se engañen tal vez
Los inocentes, que el santo
Nombre de padre me den?
— ¡Ay Javier, todo es posible!
No te cases, no, pardiez.

Sin embargo, el sabio dice
Que hombre solo no está bien;
Y en efecto, es triste cosa
Frio lecho sin mujer;
Mesa sola, y en amores
Del azar á la merced.
— Sin duda que es cosa triste:
Cásate al punto, Javier.

Muy bien; mas por no estar solo
Olvidais que deberé
Tolerar con la consorte
Las comadres diez á diez.
Y en el suegro un pedagogo,
Y en la suegra un lucifer.
— ¡Oh cruda infernal caterva!
No te cases, no, pardiez.

Deste modo aconsejaba
Al indeciso Javier
Don Bartolomé de Quincoces,
Gran jurista de Ahnaden.
Como el consejo es discreto,
Si en asunto tan aquel
Deseas, lector prudente,
Que mi dictámen te dé,
Eco del sabio letrado,
Decirte osaré con él:
Harás bien si no te casas;
Si te casas harás bien.

II.

PELIGROS DEL PRIMER PASO.

Títiro á Filis amaba,
Fflis por Títiro ardía,
Mas no sé por qué la impía

Del mancebo se esquivaba,
Retirando al sol escaso
Cierta día su ganado,
Los dos en un verde prado
Se encontraron por acaso.
Era Titiro travieso,
Y el amor y la ocasión,

Triunfaron de su razón,
Y dió á la zagala un beso.
La niña llora y se aleja,
Y al mozo llama insolente;
Empero al día siguiente,
Sin lloro besar se deja.
Al otro, con tierno afán,

Ofrece un labio de rosa,
Y al otro, con boca hermosa,
Devuelve lo que le dan.
Cupido mirando el caso,
Volaba alegre y reía,
Y en una encina escribía
Sólo cuesta el primer paso.

III

TRIUNFO DE LA CONSTANCIA.

Amante que te juzgas desgraciado,
Porque desdenes ves y ves rigores,
No entibies de tu pecho los ardores,
Que al fin ruego de amor es escuchado.
No nace tierna poma ya madura,
Ni el cáliz al nacer abre la rosa;
Soles la ingrata poma hacen sabrosa,
Soles dan á la rosa su hermosura.
No hay ninguna beldad tan desabrida,
Que no tenga por lauro el ser amada:
No hay ninguna beldad tan despiadada,
Que al ruego no se muestre condolida.
Ese hielo que ves, ese despego,
Vela el volcan que abrasa sus entrañas:
So la nieve que cubre sus montañas,
Hecla en su seno guarda un mar de fuego.
Rogad, rogad ¡oh jóvenes amantes;
Ni desden os arredre ni tibieza.
Amor despierta amor. Vuestra ternera
Coronada veréis, si amais constantes.

IV.

A UNA CÉLEBRE PIANISTA (1).

¡Qué nuevo, qué dulcísimo sonido,
Laura, en mi oído atónito resuena!
¡Qué poder para mí desconocido
Trasporta el alma mía y la enajena!
¡Eres, oh Laura, tú la que ha podido
Darme dicha tan noble y tan serena?
¡Será tan solamente un sér humano
El que pulsa tu mágico piano?
Otro al eco celebre de su lira,
De la trompa de Homero el són canoro;
Otro á la ardiente Safo si suspira,
O de Maron la cítara de oro.
Yo el númen que en tu música respira,
Yo de tu genio armónico el tesoro,
Y tu fuego, del alma hechizo y pasmo,
Celebrará la voz de mi entusiasmo.
Oíd de Filomena la voz pura,
Y el siempre vário y amoroso canto,
¡Cuál del bosque entenece la espesura!
¡Cuál suspende las almas su quebranto!
Su variedad, empero, su ternura,
¡Qué son á par del poderoso encanto
Con que arrebatas tú, cuando sonora
Corre el marfil tu mano vencedora?
Huyen al negro averno estremecidos,
Así que á modular fácil empieza,
Las penas y los llantos doloridos,
Y la amarga inquietud y la tristeza;
Cuanto deleita el alma y los sentidos,
Risa, ilusión, placer, gloria, ternera,
Acorren de tu són al eco blando,
Y en derredor de tí juegan volando.
¡Quién, hechicera Laura, te ha enseñado
A dar vida y palabras á un sonido?

(1) PÉREZ DE CAMINO no había cumplido aún diez y siete años cuando escribió estas inspiradas octavas.

¡Quién te ornó de ese tacto delicado
Que hace blando gemir el bronce herido?
¡De quién fácil vagando en el teclado
A mover la piedad has aprendido,
Y, después de tronar recios fueros,
A suspirar la voz de los amores?
Haydn mueve, arrebató el alma mía,
Y en deleite la embriaga y en contento
Si otro, Laura, que tú de tu armonía
Ofrece á mis oídos el portento;
Mas ¡qué nueva, qué dulce tiranía
En mi sensible pecho triunfar siento,
Cuando acordes tus manos celestiales,
Me hacen sentir sus ecos inmortales?
Tañes, y ora de Ariadna el dolor tierno
Sonar oigo en la pérfida ribera (2),
Ora siento el zumbido del crudo invierno,
Y el nacer de la alegre primavera (3).
Ora, al sublime acento del Eterno,
Veó enfrenado el mar, brillar la esfera,
O, del Eden vagando en la verdura,
Rio del primer hombre á la ventura (4).

¡Y qué, Laura, diré, si abandonada
De tu imaginación al fuego ardiente,
Sin importunos guías, inflamada
Por tu divino genio solamente,
Ya corriendo el teclado acelerada,
Ya tañendo suave y mansamente,
Al alma comunicas, que te admira,
El santo ardor del númen que te inspira?
¡Oh, cuál triunfas entonces! En el cielo
El extático oyente se figura.
No te juzga nacida en este suelo;
Tiénete por celeste criatura.
En su ilusión feliz, en su desvelo,
Cree que del Pindo abandonó la altura
Una musa gentil, y que tu asiento
Ocupa en el armónico instrumento.
¡Por qué esta edad, cual fábulas desprecia
Los milagros del plectro armonioso,
Cuando al canto rendidos vio la Grecia
La roca, el monte, el tigre sanguinoso?
A quien te escucha, á quien sensible aprecia
Los prodigios de tu arte portentoso,
No sorprenden de Anfon el alto muro,
Ni el plácido sopor del guarda duro.
Alegres, cual te place, ó entristecidos,
Inflamas á tu antojo las pasiones:
Mueves, templeas, agitas, endureces,
O derrites los tiernos corazones.
¡Ay de mí, dulce Laura, cuántas veces,
Gozando yo la magia de tus sonos,
Han vibrado, de tu arte al poderío,
Las mas ocultas fibras deste mio!
Cuántas veces, iluso, enajenado,
La vista en tí clavada, de amor muerto,
Mi humildad olvidando, quise osado....
¡Mas dónde va mi númen inexperto?
Deten, incauto, el vuelo arrebatado,
Deja el temido Ponto y toma puerto;
Que hartó has hecho en cantar con verso llano
Los portentos de Laura en el piano.

(2) Alude á la escena de Ariadna abandonada, de Haydn.
(3) Al Oratorio de las cuatro estaciones, del mismo.
(4) Al de La Creación del mundo, del mismo.

V.
EL PROSCRIPTO (1).

CANCION.

Ausente en tierra extranjera
Un español desgraciado,
La faz vuelta al suelo amado,
Se queja desta manera:
Del paterno Manzanáres
Dulces vegas, dulces prados,
¡Cuándo me darán los hados
Que consoleis mis pesares?
Dejando vuestra alegría,
Dejé padres, dejé amores,
Y aquí tan sólo dolores,
Y aquí tan sólo dolores,
Circundan al alma mía.
Del paterno Manzanáres, etc.
Volvedme el suelo querido
Que la crueldad me cierra;
Vea yo la santa tierra,
Do mi niñez ha crecido.
Del paterno Manzanáres, etc.
Vea yo el nativo techo,
Vea el bien por quien respiro,
Y en sus labios el suspiro
Pueda exhalar de mi pecho.
Del paterno Manzanáres, etc.

VI.

A DELIA.

¡Por qué con tristes llantos
Empañas, Delia mía, tus encantos,
Vanidades que fueron lamentando,
Y de adversa fortuna los rigores?
Acaso la ventura es compañera
Del falaz esplendor de los honores?
So la grata verdura
Se oculta la serpiente venenosa,
Y entre la espina dura
Tal vez do más acerba
La suerte nos parece,
Más fácil el placer su copa ofrece.
Cuando veo al periodo deleitoso
De Flora y los amores,
Al estío de mieses coronado,
Y al otoño abundoso
Suceder del invierno á los rigores,
Y que en vez de praderas
Esmaltadas de flores,
Y de ricos sembrados,
Y de la vid dorada,
Sólo se ve la nieve, que hacinada
Montañas cubre y valles y poblados;
Que al genital aliento
Del favonio y el céfiro suaves,
Al variado concierto de las aves,
Y al alegre sonido
De rabeles melosos,
Suceden el estrépito y zumbido
Del aguillon y el noto procelosos,
Exclamo entristecido:
¡Por qué naturaleza, crudo invierno,
Para nuestro tormento te ha criado?
O ya que tu existencia le plugiera,
¡Por qué en los tristes límites del polo
No estás eternamente encadenado?
Mas cuando considero [tes
Que el soplo de los vientos inclemen-
Aglomera en las nubes los torrentes,
Que el monte y el otero
Y el hondo valle en rios mil inundan;
Que sus frescos raudales
Y la cuajada nieve que del cielo

(1) Estas coplas deberán cantarse con la música del romance francés *A peine au sortir de l'enfance*, etc., de la ópera de Joseph, música de Mehul. (Nota del Autor.)

Desciende mansamente,
Y de copos sin cuento cubre el suelo,
Mullen la dura tierra y la fecundan;
Y que sin la benéfica influencia
De nieves y aguaceros
No podría esmaltarse en primavera
De flores y esmeralda la pradera;
No enriquecerse el campo
Con los dones de Céres en Agosto,
Ni el placentero otoño
Los toneles colmar de dulce mosto;
Veo que sábiamente,
Madre nateraleza
Erizó del invierno la aspereza;
Y el lenguaje mudando,
Vén, dice la voz mía,
Con tus hielos y vientos y crudeza,
Vén constante á tu vez estación fría.
Viendo á la noche oscura
Robar del claro día la luz pura,
Desde su trono de ébano tendiendo
Los tenebrosos velos
Por la bóveda inmensa de los cielos;
Y que en vez de la vida y alegría
Que esperece por doquiera,
En torrentes de lumbre,
Del rutilante sol la eterna hoguera;
De la naturaleza [ga,
La triste noche el movimiento embar-
Envuelve el mundo en sombras pavo-

[rosas,
Y hace reinar la oscuridad amarga,
El terror, el silencio y la tristeza,
Maldigo las tinieblas horrosas.
Mas luego cuando miro
Que es la noche benéfico beleño
Que ofrece á los mortales fatigados
El saludable bálsamo del sueño,
A sus débiles miembros
Calma suave dando,
Y provechosa tregua á sus afanes (2),
Bendigo el claro día,
Y bendigo también la noche umbria.
Si vuelo á los alcázares soberbios,
Y del pobre visito los umbrales, [les.
Desengaños doquier encuentra igua-
El que de un Creso ve voluptuoso
La orgullosa indolencia,
Y mira sus palacios encumbrados,
Sus carrozas brillantes,
Sus esclavos dorados,
Su fausto, su grandeza, su opulencia;
Y volviendo la vista fatigada
A la humilde morada
Del útil labrador y el artesano,
En cambio de esplendor y de riqueza,
Sólo halla olvido y misera pobreza;
Si el cielo le dotó de un pecho huma-
[no,
Exclama con acento enternecido:
¡Por qué el hado tirano
Los bienes tan injusto ha repartido?
Mas cuando considera
Que el rico, al parecer afortunado,
Por mil negros cuidados devorado,
Ni en la mullida pluma,
Ni entre la fina Holanda,
Puede hallar el reposo deseado;
Entre tanto que el pobre sin desvelo
Goza sueño tranquilo,
Reclinado en inculco duro suelo:
Que al rico tiranizan y atormentan
Mil crueles pasiones,
Que el tedio, la tristeza, la dolencia,
De sus disipaciones
Funesta consecuencia,
Emponzoñan su misera existencia;
Entre tanto que el pobre, sano y fuer-
Vive sin desear, en dulce calma, [te,

(2) Suprimimos aquí algunos versos por la excesiva desnudez de su carácter materialista.

Con la risa en los labios, [ma;
Con el contento y con la paz del al-
Halla que si la suerte al poderoso,
Dió esplendor y grandeza y montes
[de oro,
Hizo al pobre olvidado más dichoso.
Así encuentran doquiera los mor-

[tales
Los bienes confundidos con los ma-
Y el que armando su pecho [les,
De grave fortaleza,
Oponer al crudo mal noble entereza,
Y del bien saborea las dulzuras
En las mil variedades de la vida,
Puede, bien mio, hallar gozo y ventu-
¡Qué importa que el destino [ras.
Nos cierre del poder y de la gloria
El brillante camino,
Y nos arroje, duro,
De humilde condición al seno oscuro?
Nos queda todavía
Honesto medianía;
Nos quedan amor tierno,
Y de santa amistad sagrados lazos,
Y siempre que gozar de los contentos
Podamos de reciproca ternera,
Sin tristes inquietudes ni embarazos,
¡Por qué llorar del hado la aspereza?
Que guarde el ambicioso los hono-

[res
Y el brillo de los puestos encumbra-
¡Qué perderé con ellos, [dos,
Mas qué amargos cuidados
Y trabajos penosos,
Y el funesto poder de hacer ingratos,
Y el funesto poder de hacer quejosos?
Unidos en mi plácido retiro,
Morada placentera
Del mundo y del poder desconocida,
Amor endulzará de nuestros días
La plácida carrera.
Sin su celeste llama ¡qué es la vida?
El héroe circundado
Del pomposo aparato de sus triunfos,
Sin ella se contempla desgraciado,
Y el misero á quien duros atormentan
Del hado los rigores,
Se juzga venturoso,
Si le vierten su copa los amores.
Amor, amor, tú sólo
Saciad el alma sabes:
Tú solo haces alegres y suaves
Nuestros días ¡oh Dios! tempestuosos;
Tú ahuyentas los pesares enojosos,
Tú calmas los dolores,
Y tú la senda hermosa
De la felicidad siembras de flores.
Vén, amor, á mi ruego,
Y por siempre en tu fuego,
De Delia el corazón y el mio abrasa;
Y danos que sin tasa,
Disfrute el labio ardiente
De tu néctar divino eternamente.
Tales son, Delia cara,
Mis votos encendidos:
Véalos yo cumplidos,
Hasta que de mis días muerte avara
El estambre sutil rompa homicida.
Y logre yo que entonces
Cierre los ojos míos
Triste, Delia, tu mano dolorida.
Y si la suerte dura,
Quisiere en un abismo de amargura
Y negra soledad precipitarme,
De tu pura virtud privando al suelo,
Y mi triste existencia prolongando,
¡Oh Delia, Delia mía! [lo.
Seguir tu amada sombra pido al cie-

VII.

LA BELLEZA Y EL PUDOR.

CUENTO.

A la Marquesa de G....

¡Por qué, Florinda hermosa,
La causa me preguntas querelosa
De los desdenes míos?
Si el amor tiene ardores,
Tiene también tibiezas y desvíos.
¡Y sabes, si queriendo descubrirte
Los dolores que guardo comprimidos,
No se deslizará la lengua mía,
Y si tal vez decirte no podría
Lo que sonar no debe en tus oídos?...
Mas ¡insistes airada, y triste bañas
En congojoso llanto tu faz linda?
A complacerte voy, bella Florinda;
Mas antes que revele mi secreto,
Contarte me permite breve historia,
Que me ofrece oportuna la memoria:

Luégo que el rey Saturno destrozó
La negra edad de hierro [nado,
Lanzó del mundo al siglo bienhadado,
Jove, compadecido [do,
De los humanos males,
La belleza crió para consuelo
De los dolientes míseros mortales.
Ornaban á la nueva
Divina criatura
Todas las perfecciones
Que embriagan los sentidos,
Que inflaman el ardor de las pasiones.
Dióle su tez de púrpura la aurora,
Su frescura y aromas le dió Flora,
Diana gallardía, Juno imperio,
Y la blanda Citeres
La mágica cintura do se abrigan
Risas, juegos, amores y placeres.
Los hijos de la tierra,
Al ver la ninfa bella,
En ardientes deseos encendidos,
Vuelan precipitados en pos della.
Mas á las gracias mil de la hermosura
No quiso el hado fiero [ra
Que los dioses juntaran el encanto
Del recato severo.
Libre con demasia
La nueva Citeres en sus halagos,
Pródiga de sus dones,
Ni alimentar sabia
Celestes ilusiones,
Ni con dulces rigores
Sazonar sus favores;

Y los que ántes corrian á sus brazos,
Cansados de gozar sin embarazos,
Pasando del amor al tedio frio,
Apénas la admiraron,
Su fácil hermosura despreciaron.
De la ninfa el dolor fué sin medida.
En la aflicción sumida [da,
De pena tan impía,
¡Qué hará en sus amarguras?...
Mientras así decia,
Por entre solitarias espesuras,
Hácia un ameno valle por acaso,
De sus errantes piés dirigió el paso.
El raudal de un arroyo cristalino,
Que serpea entre guijas bulliciosas,
Este valle fecunda deleitoso.
Cubre sus praderias verde alfombra,
Y el roble añoso y el enhiesto pino,
Le dan severa y apacible sombra.
Allí el pudor moraba,
Apuesto como Apolo,
La flor de juventud en él brillaba;
La decencia en su porte,
El rubor en su frente,
Y un velo delicado
Por Minerva tejido,
Por las modestas Gracias adornado,
En sus hombros flotaba trasparente.
De púdicas miradas
Los tímidos ardores,
La reserva, el misterio silencioso,
De la santa inocencia
Los purpúreos colores,
La muelle resistencia,
Los modestos desvíos,
Y el casto suspirar, y el casto anhelo,
Todo brillaba en el celeste velo.
No bien de la hermosura
Oyó el puro doncel la desventura,
Tendiéndola los brazos,
Al marfil los suspende de su cuello
En cariñosos lazos.
Con besos fraternales,
Enjuga de sus ojos
Los líquidos cristales;
Y cubriéndola el seno peregrino
Con su velo divino,
«Vuelve, le dice tierno,
A fijar de los hombres la inconstancia,
Y á endulzar sus pesares, [cia,
Tu imperio será eterno
Si deste santo velo te adornares,
Pero triste de tí si le olvidares.»
Dijo, y así adornada la belleza,
Vino de nuevo á deleitar al mundo;
Y desde aquel momento afortunado,
Desdenes y tibiezas

Solamente ha probado,
Cuando mal advertida ó cuando ciega
Del velo del pudor se ha despojado.
Tal es, Florinda bella,
La historia que me inspira tu quere-
¡Pretendes todavía [lla.
Que se declare más la lengua mía?

VIII.

Epigrama con ocasion de la toma
del trocadero por el Duque de Angulema,
en 1823.

¡Múerese de estupor el mundo entera-
Angulema ha tomado el Trocadero,
Y en él, con cuatrocientos batallones
Ha domado el furor de... dos cañones!

IX.

A UN AMIGO.

¡Por qué pretendes, Lisardo?
Que entre ciegos desvarios,
De la inconstante fortuna
Me abandone al torbellino?
¡Quieres que en pos de quimeras
Busque inquietud y martirios,
Y viva en amarga lucha,
En vez de libre, cautivo?
Contento en mi medianía,
Contento con ser querido,
Ni ajenas dichas me pesan,
Ni ajenos bienes envidio.
¡Qué me importan la opulencia
Y el vano esplendor del Indo,
Si soy venturoso dueño
De la hermosa por quien vivo?
¡Qué me importa que otros moren
En sus palacios altivos,
Si mi amada no desdena
La humildad de mi retiro?
Y las glorias ¡qué me importan
Y sus ilustres peligros?
Mis peligros son placeres,
Y mi gloria el dueño mio.
Otros á Belona sigan,
Yo sus contiendas no admiro,
Y á sus pomposos laureles
Prefiero el plácido mirto.
Gocen ellos de sus triunfos,
Yo de mi bien los suspiros,
No sin su dulce sonrisa,
No sin sus dulces cariños.

X.

VENTURA CONYUGAL.

A AURELIO.

Epístola.

Después de manejar la ardiente espada,
Y de ensalzar á Roma con sus triunfos,
Volvían los Emilianos al arado.
Así tú, sus virtudes emulando,
Después de haber llevado á la victoria
Cien veces los hispanos batallones,
A cultivar los campos paternales
De la paz al abrigo, Aurelio, vuelves.
Afortunado aquel á quien fué dado
Triunfar de la embriaguez de un nombre claro,
Y después de pagar sagradas deudas,
A la patria su brazo consagrando,
El estruendo de Marte y sus laureles
Ir á olvidar en la paterna herencia.

En los campos se encuentran solamente
Los sencillos placeres: sólo en ellos
Halla el pecho alegría y paz el alma.
Cérea es de las penas enemiga,
Y el contento y sosiego la acompañan.
Cuando miran colmar los labradores
De doradas semillas sus paneras,
¡Les iguala en ventura el cortesano?
Cuando á la fresca sombra de alta encina
Ven poblar de sus cándidas ovejas
El valle dilatado, el monte espeso;
Y cuando al sol benigno del otoño
Ven dorar de sus vides los racimos,
Y lleno el corazón con la esperanza
De la nueva cosecha, en limpio lecho
Saborean del sueño la ambrosía,
¡Qué monarca su suerte no envidiara?
Mas para ser feliz no basta el campo,
Ni bastan de la gloria los recuerdos,
Si late un corazón en nuestro seno
Al casto amor y á la beldad sensible.

Tú de este corazón estás dotado;
Y cuando te lo dió naturaleza,
Te destinó á vivir, Aurelio mio,
En la púdica union de un sér amable.
De esta madre comun sigue las leyes,
Y á tu felicidad da complemento.
Toma en tu juventud amante esposa,
De tu vida y afanes compañera.
¡Triste del celibato, triste el pecho
Que de un cándido amor no cede al fuego!
Amor es el encanto de la vida,
Y una consorte honesta el bien supremo.
El orden y la paz siguen sus huellas
A la mansion nupcial: sus tiernos ecos
Al corazón penetran de su esposo;
Y ahuyentan de él pesares y cuidados,
Y el placer donde quiera que se ostenta,
Rie de sus virtudes al perfume.
En vanos detractores Juvenales
Calumnian de estos seres la inocencia;
De la antorcha nupcial la eterna llama
Confunde sus acentos impostores.
No así corren los hombres á las penas;
Si Jantipas (1) aborta el negro averno,
Hyparetas (2) da al cielo, que ultrajadas
Devoran en silencio mil pesares,
Y en su justo dolor tan sólo exhalan
De santa mansedumbre los suspiros.
Si una feroz Semiramis sus manos
En la sangre ha teñido de su esposo,
Castilla ha visto á la sublime Elvira,
Para salvar al suyo ir á la muerte:
Y los lugares mismos, que imprudente
Manchó con liviandades Mesalina,
De Lucrecia ilustró la sangre pura.....
¡Deseas que corone tu himeneo
El ángel de las dichas conyugales?
Grata amabilidad, dulce cariño
Reinen en tus palabras. Indulgente
Sostenga tu prudencia un sexo débil.
¡Quieres guardar su fe? Guarda la tuya;
Y en la eleccion presidan solamente
De la razon severa los consejos.

Elegir felizmente: hé ahí la grande,
La delicada empresa. ¡Venturoso
Quien triunfa en ella! Su envidiable vida
De verde mirto y de risueñas flores
Siembran el tierno amor y el casto gozo.
En el silencio, pues, de las pasiones
Elige tu modesta compañera.
No las gracias tan sólo te cautiven:
Las gracias y el pudor ornen su frente.
Huella con filosófico desprecio
La vanidad del rango y de la cuna,
Y del oro á la sed cierra tu pecho;
Y huye de esas moradas turbulentas,
Siempre á la ociosidad y al vicio abiertas:
Huye de la mansion do la indolencia
Triunfar deja el desorden; do soberbio
El lujo destructor alza su trono;
Y huye principalmente, Aurelio caro,
Del lugar do insolente la molicie,
Entre livianas galas y entre afeites,
Provoca del adúltero la audacia:
Allí no está la amiga de tu vida.
Guía, empero, tus pasos á ese asilo,
Donde en el casto seno del retiro,
Delicias de su esposo, una matrona
Dirige de su casa las haciendas,
Y con mano económica reparte
Los bienes que conserva previsora;
Do, cuando á su consorte llora ausente,
Al encubrirse el sol, cierra la puerta,
Y á la luz de la lámpara, cercada
De sus amantes hijos y sirvientes,

(1) Jantipa, esposa de Sócrates, famosa por su genio bronco y desabrido. (Nota del Colector.)

(2) No nos ocurre quién pueda ser esta Hyparetia, que presenta aquí PÉREZ DE CAMINO como dechado típico de mansedumbre conyugal. No puede ser la Danaida del mismo nombre, que, según la leyenda mitológica, asesinó á su esposo la noche misma del día de sus bodas. (Id.)

De él ocupada el alma, ora y trabaja.
La virgen que se educa en su regazo,
Y á la sombra feliz de sus cuidados
Crece pura y fragante como el lirio,
Esa tu esposa sea; sus virtudes
Harán tu dicha y honrarán tu nombre.
Tu enojo sufrirá mansa y paciente,
Con la dulce sonrisa de sus labios,
El gozo aumentará de tus placeres,
Y cuando á tu morada fatigado
Te vuelvas del afán de tus labores,
Enjugará su mano cariñosa
El sudor de tu faz, y su ternura
Habrá ya preparado en limpia mesa
Manjares que reparen tu flaqueza,
Y de añejo tonel dorado néctar.

Si en lecho de dolor te ve postrado,
¡Quién de una esposa amante los desvelos
Podrá, Aurelio, igualar, quién el cariño?
En su amarga inquietud, de sí olvidada,
En derredor de tí fijará el alma.
La verá á par de tí la luz del día:
En callada inquietud la oscura noche,
Velará á tu testera infatigable,
Y el más leve respiro de tu aliento
Resonará en el fondo de su pecho.
¡Oh santa union! ¡Oh dichas inefables!
¡Y qué diré, si miras de tí en torno
Crecer de tus amores dulces frutos,
Si su virtud naciente te promete
Honrados herederos de tu nombre,
Y de tu ancianidad consoladores?
Cuando los tiernos labios de un infante
Balbucean cariños á su padre,
Cuando sus manecitas inocentes
Se enlazan á su cuello, ¡qué deleites
Son á deleites tales comparables?
Un prudente retiro, los halagos
De una familia honrada; éstas las fuentes
Son de las dichas puras de la vida.
La dulce confianza se halla en ellos;
En ellos de amistad la santa llama,
Consuelo en los pesares y dolores,
Y celestes recíprocos placeres:
Júbilo, paz, amor, virtud, cariño,
A gozar te apresura bienes tantos;
Ese el divino eden es en la tierra.

XI.

A DELIA.

ELEGÍA.

Ya resuena en mi oído
Del vendabal horrisono el zumbido.
Ya de las hiperbóreas cavernas,
En torbellino rápido girando
Vienen la triste niebla, el duro hielo;
Y el yerto invierno el manto desplegando,
Con macilento velo
La lumbrera del mundo nos encubre,
Y en negra oscuridad envuelve el suelo.
Guarda el buey el establo,
Y el triste marinero su barquillo
Cierra en el puerto al áncora amarrado,
Por el fiero huracan amedrentado,
Y la lluvia, la niebla, el frio, el viento,
Me hacen desamparar el campo amado,
Y encerrar solitario en mi aposento.
En él abandonado á mis quebrantos,
¡Qué haré sin el remedio á males tantos?
¡Qué haré sin tu solaz y compañía,
Oh dulce, mal perdida Delia mía?
En tanto que brillaba
De los risueños días la belleza,
Y que naturaleza
Sus gracias y sus dones ostentaba,
La grata variedad de su riqueza,
Del sol esplendoroso la luz pura,
El esmalte del campo,
Su verdor y frescura,

Y del gañan tostado
Las fecundas labores,
Calmaban de mis penas los rigores,
Y á veces, por la magia
De tan hermosos cuadros trasportado,
Se abría á la esperanza
Mi corazón llagado,
Y la de verte ¡oh Delia! un fausto día
Mi pecho arrebatada de alegría.
Mas ahora en mi asilo aprisionado,
Herido de profundas aficciones,
Y sin más distracción en mi desvelo
Que la del pobre fuego con que templo
La crueldad del hielo,
¡Oh, cuál huyen de mí las ilusiones!
Doquier torno la vista
Sólo encuentro dolores,
Y dentro de mí mismo
Están por mi desgracia los mayores:
Pues mi tirana lúgubre memoria,
Me traía de continuo,
Con tintes más que nunca tenebrosos,
De mi infelice historia
Los sucesos mortales,
Y mi espíritu flaco y abatido
Sucumbe bajo el peso de mis males.
¿Adónde están ¡oh Delia! aquellos días,
En que estrechado á tí con tierno lazo,
Riberas del sereno Manzanáres,
Te decía mi amor en mis cantares?
En que á la fresca sombra descansando
Del viejo tronco amigo,
Que de nuestras primeras
Dulces declaraciones fué testigo:
Amarne eternamente me jurabas,
Tus íntimos afectos me decías,
Y á mi amoroso beso
Con tu beso amoroso respondías,
Adónde están, oh Delia, aquellos días?
¡Qué placidos, qué alegres me lucieron!
En tu amor embriagado,
Fuera de tu belleza,
Nada más codiciaba mi cuidado.
Tú mi mente saciabas y sentidos.
El campo solitario,
Los pueblos bulliciosos
Igualmente, gozados á tu lado,
Eran al pecho mio deleitosos.
De tí tan solo amante,
Al resto de la tierra indiferente,
Mecido en tu regazo placentero,
Era para mí ¡oh Delia! el mundo entero.
Una sola mirada
De tus brillantes ojos
Ahuyentaba de mí duelos y enojos.
Al són melodioso
De tu divino acento,
Mi seno palpitaba de contento:
Y gozoso, encantado,
Imaginando eternos
De la instable fortuna los favores,
Veía el curso todo de mi vida
Sembrado de placeres y de flores.
¡Con qué gratas quimeras
Mi espíritu nutrias amoroso,
Cuando tú me lucías tiempo hermoso!
Si de una cara madre, me decía,
Sañuda me privó la parca impía,
Los cielos á mi bien me han deparado,
Que amable suplirá con sus cariños
Y su ternura el maternal cuidado.
Enlazado con ella
En cadenas propicias,
Mis días volarán entre delicias.
Mío será su pecho, mía su alma,
Así como es señora
Deste pecho y desta alma que la adora.
Comunes nos serán las penas graves
Y los gozos suaves,
Y, por una ventura reservada
A los humanos seres,
Sentiremos á medias los pesares,

Y gozaremos dobles los placeres.
¡Oh vanos pensamientos!
¿Qué ha sido de vosotros?
De mis dichas ¿qué ha sido?
Todo lo arrebataron recios vientos.
Todo al perderse, Delia, lo he perdido.
¡Ya no contemplaré tu faz divina!
¡Ya no veré la frente donde rien
Las castas gracias y el placer sereno!
¡Ya no gozaré el sueño entre tus brazos
Sobre el cisne mullido de tu seno!
Inmenso espacio ahora nos separa.
El Pirene, erizado
De negros bosques, de fragosa sierra,
Del país venturoso que te guarda
A mi amorosa planta el paso cierra.
Argos fatal, el implacable encono
De la cima de la áspera montaña
Me aterra con eterna cruda zaña;
Y tal vez en el libro del destino
Escrito tiene ya la parca dura,
Que léjos de tus gracias,
Y que léjos del polvo de mis padres,
Me dé tierra extranjería sepultura.
¡Léjos de mis mayores!
¡Léjos del dueño mio!
¿Y qué amiga ceniza
Circundará la mia
De negra tumba en el silencio frío?
¿Qué mano cerrará mis muertos ojos?
¿Quién me dirá los últimos adioses,
Cuando al asilo umbrío
Guie fúnebre pompa mis despojos?
Muchas veces al día,
Del seno, do los guarda mi ternura,
Saco el caro marfil en donde el arte,
La imagen imprimió de tu hermosura,
Y la sutil madeja de cabello
Con que está suspendido de mi cuello;
Prendas que tú me diste, dolorida,
En nuestra lastimera despedida.
Cuando miro estas raras perfecciones,
Que fueron el encanto de mi vida;
Cuando estos ojos miro,
Cuya brillante lumbre
Era muerte de altivos corazones:
Estos radiantes ojos do yo via
En mi encendido anhelo
Cerrarse, abrirse y sonreír el cielo;
Y cuando estos cabellos contemplando
El donaire recuerdo con que sueltos,
Y en bucles mil flotando
Por tu garganta hermosa
El lirio realzaban y la rosa,
Y despues considero
Que de todo una sombra en estas prendas
Me ha dejado tan sólo el hado fiero,
Mil suspiros ardientes
En mi angustiado pecho se atropellan.
Mis labios, apegados
Sobre estos dos objetos adorados,
En ellos mi dolor y mi amor sellan,
Y en lágrimas dolientes,
De mis ojos cansados,
Corren inagotables tristes fuentes.
Así en amargas penas alternando
Paso los negros días
Sus sombras á la noche demandando:
Sus sombras, pues tan sólo en sus horrores
Hallan alguna tregua mis dolores.
La tenebrosa noche destinada,
Entristeciendo el cielo,
A redoblar de un misero el desvelo,
La noche con su carro pavoroso
Y su lúgubre calma es mi consuelo,
Y áun á veces en ella soy dichoso.
De padecer rendido
Mientras alumbrá el sol á los mortales,
Suele, cuando la noche tiende el manto,
Ceder, sin que lo advierta mi tristeza,
A su debilidad naturaleza;
Y encontrando el remedio de mal tanto

En su causa importuna,
Me halla tal vez en brazos del reposo
El carro silencioso de la luna.
Entonces del país en donde moran
Los engaños risueños,
Descienden á mi alivio por momentos
Mil alegres ensueños,
Y con ala ligera
Juegan en mi agitada cabecera.
Os veo entonces placidos raudales
De la feliz Iberia,
Claro, nativo cielo,
Florestas, bosques, campos burgaleses,
Gloria del castellano patrio suelo.
Os veo; de alegría
El corazón deshecho,
Vuelo al tranquilo techo
Do vi la luz del día;
Y ante él postrado, sumergido en llanto,
Mil y mil veces beso el umbral santo.
Os veo entonces, madrileños valles,
Y á tí, limpio tranquilo Manzanáres;
Y á tí te veo, á tí principalmente,
Mas que nunca de encantos
Y de constante fe resplandeciente,
Beldad á quien adoro,
Mi solo amor, mi lumbre, mi tesoro.
Yo te veo, te toco, te oigo, te hablo.
Mis brazos con tus brazos se encadenan;
Mi cuello se une á tu nevado cuello,
Y mis labios aspiran
El ámbar que los tuyos
Entre nácar y púrpura respiran.
¡Quién puede referir las castas dichas
Que amor prodiga y que la noche encubre!

¡Oh placeres! ¡Oh amor! ¡Oh caro dueño!
¿Por qué toda mi vida no es un sueño?
¿Mas tú, Delia, te acuerdas de tu amante?
¿Te cuesta algunas lágrimas su ausencia?
¿Cuál es el bosque umbroso,
¿Cuál es la soledad que los suspiros
Recoge de tu pecho congojoso?
¡Ah, cuántos seductores
Cercarán tu beldad: qué de asechanzas,
Péridos, tenderán á tus amores!
¡Cuántos en su despecho
Vencer intentarán tu virtud pura,
Pintando desleal mi firme pecho!
¡Crüeles, áun quereis arrebatarme
El solo bien que entre desgracias tantas,
Le plugo á la fortuna conservarme!
¡Oh Delia! miéntras tanto que palpita
Mi corazón amante
Dentro del seno mio,
Por tí serán mi amor y mis desvelos.
Tú sola reinarás en mi albedrío,
Tu mirada primera
Decidió del destino de mi vida,
Y si la ingrata suerte
No me concede verte,
Sino cuando la edad encanecida
Haya mi frente trémula nevado;
Y cuando al abrazarte,
Débil tiemble mi brazo desecado,
Aun verás en mis ansias,
Aun sentirás en las caricias mías,
La que en mi pecho ardía dulce hoguera,
En los floridos días
De mi fausta y brillante primavera.

DON JOSÉ MUSSO Y VALIENTE.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

DEL ILMO. SR. DON FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.

Nació DON JOSÉ MUSSO Y VALIENTE en Lorca, provincia de Murcia, á 25 de Diciembre de 1785. Fueron sus padres los señores don José María Musso y Alburquerque y doña Joaquina Pérez Valiente y Brost, hija de los Condes de Casa-Valiente. Educóse en Madrid, en clase de interno, en el Seminario de Escuelas Pías de San Fernando de Lavapiés, y despues, puesto bajo la dirección del padre Chevalier, clérigo de la emigración francesa, estudió la filosofía en San Isidro, y matemáticas en la Real Academia de San Fernando. Trasladado á Lorca, á poco estalló la guerra de la Independencia, en la cual, abrazando la causa de la patria, fué individuo de la Junta de Murcia cuando apenas contaba veinticinco años. Por entonces contrajo matrimonio con la señora doña María de la Concepción Fontes y Reguera, de singular virtud y belleza.

Profesando las ideas liberales desde su aparición en España, obtuvo, en 1822, el primer premio de elocuencia, propuesto por la Real Academia Española, cuyo asunto fué un discurso gatulatorio á Fernando VII por haber jurado la Constitución; mas, distinguiéndose por la templanza de sus opiniones, fué jefe del partido moderado en Lorca, y sufriendo el embate de las contrarias, hubo de emigrar á Gibraltar, en 1822. Restituido á su patria, y fijando su residencia en Madrid, se dedicó exclusivamente á las tareas literarias, ingresando sucesivamente en las Reales Academias Española, de la Historia, Greco-Latina, y de Ciencias Naturales. Obtuvo premio en público concurso por el estudio de la botánica, y escribió la descripción y precio de los cuadros para el catálogo del Museo.—En 1833 fué nombrado por el Ministro don Javier de Burgos Subdelegado de Fomento de la provincia de Murcia, cuyo gobierno ejerció hasta que en 1834 fué